

Y al avanzar, reconoció la actitud firme de los que les esperaban allá arriba.

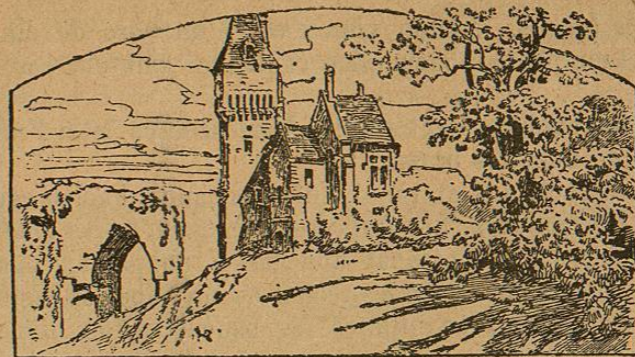
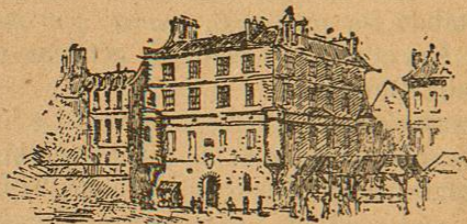
Estaban ya acostumbrados al trueno que oían desde tantas horas y comenzaban á reirse de él.

Una seguridad visible reinaba en sus filas. Sobre todo aquel ejército gravitaba algo, como un reflejo heroico, del que no comprendió nada el rey (si no la vuelta á Prusia).

Aquel reflejo era la Fe.

Y aquel alegre ejército que le miraba desde arriba era ya el ejército de la REPUBLICA.

Fundada el 20 de Septiembre en Valmy, por la victoria, fué decretada en París el 21, en el seno de la Convención.



CAPITULO XVII

El mundo se entrega a Francia —La Vendee contra Francia (Septiembre Noviembre del 92).

Impulso universal del mundo hacia Francia.—Fácil conquista de Niza.—La Saboya se entrega á Francia (fin de Septiembre).—Las poblaciones del Rhin llaman á la Francia.—Spire, Worms, Maguncia (Septiembre-Octubre).—Lille bombardeada rechaza á los austriacos (6 de Octubre).—Francia conquistadora contra su voluntad.—Los pueblos libertados quieren ser franceses.—Francia no les acepta más que para salvarlos.—Encuentra un enemigo en su seno.—Ingratitud de la Vendee.—Su primer combate (24-25 de Agosto).—Parcialidad de la Revolución por el aldeano (26 de Agosto).—La Revolución más cristiana que la Vendee.

La Convención había enarbolado el 21 de Septiembre, en el pabellón de las Tullerías, la bandera de la República. No habían transcurrido dos meses y todos los pueblos de los alrededores habían abrazado aquella bandera izándola sobre las torres de sus ciudades.

El 24 y 29 de Septiembre, Chambéry y Niza abren sus puertas, la puerta de Italia. Maguncia recibe el 24 de Octubre á nuestras tropas con el aplauso de Alemania. El 14 de Noviembre es izada la bandera tricolor en Bruselas; Inglaterra y Holanda la ven con horror flotar en la torre de Amberes.

En dos meses, había inundado la Revolución á su alrededor todas las orillas; subía, como el Nilo, saludable y fecunda, entre las bendiciones de los hombres.

Lo más maravilloso en aquella admirable conquista, es que no fué una conquista. No fué otra cosa más que un mutuo impulso de fraternidad. Dos hermanos, largo tiempo separados, se encuentran y se abrazan; esta es aquella grande y sencilla historia.

¡Hermosa victoria! ¡la única! ¡como no se ha vuelto á ver jamás! Allí no había vencidos.

Francia dió un solo golpe y se rompió la cadena. Este golpe lo dió en Jemmapes. Le dió con la autoridad de la fe, cantando su himno sagrado. Los soldados bárbaros se estremecieron en sus reductos, bajo

tres líneas de fuegos, cuando vieron venir un coro de cincuenta mil hombres que marchaban hacia ellos cantando: «Marchemos, hijos de la Patria!...»

¡Todos los pueblos repitieron! «¡Vamos, hijos de la Francia!...» y se arrojaron en nuestros brazos.

¡Era un espectáculo extraño! Nuestros cantos hacían caer todas las murallas de las ciudades. Los franceses llegaban á las puertas con la bandera tricolor, las encontraban abiertas y no podían pasar; todo el mundo salía á su encuentro y les reconocía sin haberlos visto jamás; los hombres les abrazaban; las mujeres les bendecían, los niños les desarmaban... Les arrancaban las banderas, y todos decían: «Es la nuestra.»

¡Grande y hermosa jornada para ellos! ¡Ganaban por nosotros, en un día, toda la conquista de los siglos! Aquella herencia de razón y de libertad por la cual suspiraron en vano tantos hombres, aquella tierra prometida que hubieran querido entrever á costa de sus vidas, se las daba de balde á quien las quería la generosidad de la Francia. Ya, durante tres años, había formulado en leyes aquella sabiduría de los siglos; ya ella había sufrido por aquellas leyes, las había ganado con su sangre, con sus lágrimas... Aquellas leyes, aquella sangre y aquellas lágrimas, las daba á todos, diciéndoles: «Esta es mi sangre bebed.»

No hay exageración en esto. Se ha podido poner en duda y sonreír. Hoy la cosa está juzgada. ¿No los véis á todos (hasta la orgullosa Inglaterra) haciendo un acto de contricción, que reclaman como su mejor progreso leyes que la Francia ya poseía el 92 y que desde entonces ofrecía generosamente á las naciones?

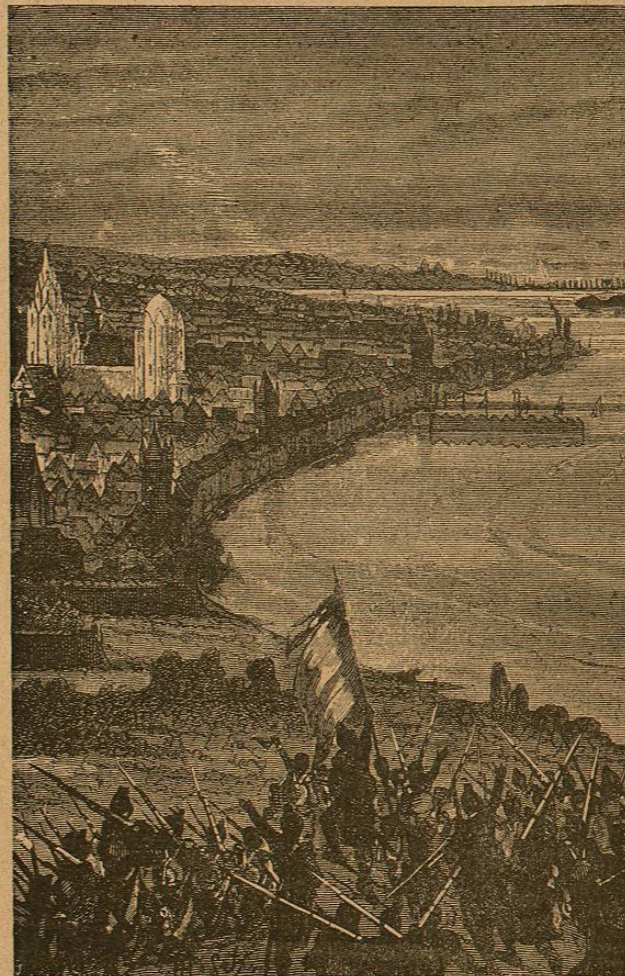
Y las naciones en cambio, se ofrecían, se entregaban ellas mismas. Todas hacían señas á la Francia, la rogaban que las conquistase.

Refiramos una conquista, la de los puertos de Italia, del condado de Niza, tomado y vuelto á tomar en otro tiempo, regado con tanta sangre. Veamos lo que nos costó.

El rey de Cerdeña había hecho preparativos formidables. Tenía sobre la frontera un ejército para invadir la Francia, una numerosa artillería, doscientos cañones; los franceses tenían cuatro. El tenía tropas veteranas. Nosotros no teníamos más que guardias nacionales. El general Anselmo recibe la orden de entrar; era, al parecer, ordenar lo imposible: lo imposible se hace, sin disparar un tiro. Una flota francesa amaga el ir á atacar á los piemonteses por la retaguardia; Anselmo dispone alojamientos para cuarenta mil hombres (no tenía ni doce). Esto bastó: el grueso ejército retrocede. Niza se entrega. Las fortalezas se apresuran á abrirse. Anselmo va solo con catorce dragones, intima la rendición á Villefranche, la amenaza y la toma; encuentra allí cien cañones, cinco mil fusiles, municiones inmensas y dos barcos artillados en el puerto.

La Saboya costó menos aún; no se necesitó ni astucia, ni amenaza.

Debió su libertad á su violento amor por la escarapela francesa. Los emigrados, numerosos en Chambery, insolentes, pendencieros, habían arrancado la escarapela tricolor á un negociante. Los saboyanos, en venganza, ataron la escarapela realista en la cola de sus perros.



Maguncia recibe el 24 de Octubre á nuestras tropas (Fág. 283)

Este fué el principio de su revolución. Fué unánime, sin contradicción de nadie. El general francés Montesquieu llegaba con precaución; al entrar en Saboya había enviado un cuerpo para forzar ante todo los reductos que se le opusieron. Fueron tomados sin trabajo; no había nadie en ellos, los piemonteses se habían ido. Montesquieu, sin esperar á su ejército que le seguía lentamente, partió al galope á Chambery. El solo

conquistó el país, entró triunfalmente en aquella ciudad, entre los gritos de un pueblo ebrio de alegría. Los comisarios de la Comuna que se reunieron con él muy pronto, quedaron admirados, profundamente conmovidos, al descubrir una Francia desconocida, una antigua Francia sencilla, que en el idioma de Enrique VI balbuceaba la Revolución. Nada más original ni más conmovedor que el encontrar allí vivas y jóvenes, todas nuestras antiguas historias. Se canta todavía en el valle de Chaumonix, como cosa nueva, la balada de Mr. de Biron, muerto en 1602. Simpático pueblo de San Francisco de Sales, pueblo hecho por Rousseau (¿quién lo ha hecho si no?) ¡Qué alegría para unos y otros el encontrarse después de tantos siglos! ¡y con qué ardor se abrazaron los dos hermanos reunidos, bajo el árbol de la libertad!

Desde que aquel excelente pueblo supo que llegaban sus libertadores, ya no hubo manera de contenerle. Todo en masa salió á su encuentro. Fué como un alzamiento universal de la comarca; solo los hombres partieron, pero los árboles y las piedras, toda la tierra de Saboya hubiese querido ponerse en camino. Una multitud inmensa descendió de todas las montañas hasta Chambery, con espontáneo impulso, con un mismo transporte de alegría y de reconocimiento. Aquellas pobres gentes cruelmente oprimidas por el Piamonte, que les prohibía á la vez la industria y el comercio, tenían desde hacía mucho tiempo la costumbre de ir á buscarse la vida á Francia. Y ahora, era Francia la que iba á verles, á sentarse en su hogar; iba hacia ellos, con las manos llenas de los dones de Dios, llevándoles, todos en uno, el tesoro de la libertad. Salvados por ella del bárbaro Faraon, entonaron como Israel un cántico de libertad. Sesenta mil saboyanos á la vez, de acuerdo con el ejército francés, cantaron la *Marsellesa* con inexplicable devoción. Y cuando aquellos infelices llegaron á la estrofa: *¡Libertad querida!* se produjo un gran ruido, como el producido por una avalancha: una avalancha de hombres por delante de los Alpes! ¡Conmovedor espectáculo! Todo aquel pueblo se había arrodillado; de este modo acababa el cántico y regaban la tierra con sus lágrimas.

En el Rin la misma facilidad, salvo un pequeño combate en Spire. El general Custine tenía orden de operar sobre el Mosela, y hubiera asegurado así la derrota de los prusianos. Pero los mismos alemanes fueron á buscarle y le llevaron al Rin. Dueño de Spire, cuyas puertas forzó, fué llamado á Worms; un profesor de esta ciudad puso en ella al ejército francés, y escribió en nombre de Custine, en nombre de la Francia, el llamamiento de Alemania á la libertad. No era esta la primera vez que Francia le hablaba así. En el siglo diez y seis, las mismas proclamas, por el rey Enrique II, adornadas como en el 92 con el gorro de la libertad. Aquellos ardientes patriotas alemanes que guiaban á Custine, le prometieron Maguncia. El vaciló, y por un momento, temiendo ser copado, retrocedió hacia Landau. Pero no soltaron su presa; fueron á buscarle, le llevaron de grado ó por fuerza, y le obligaron

contra su voluntad á hacer aquella conquista que le cubría de gloria. Uno de los suyos mandaba los ingenieros en Maguncia, y decidió la rendición. Produjo gran admiración el saber que se había rendido semejante plaza, con todo un ejército por guarnición, y una artillería inmensa, recogida de toda Alemania. Enviados de Nassau, de Deux-Ponts, de Nassau-Saarbruck, se presentaban en la barra, ante la Convención, y pedían su unión á Francia.

En aquel momento los prusianos, muy contentos por haberse librado de su expedición conquistadora, llegaban á Coblenza; ya volveremos á ocuparnos de ellos en seguida. Habían debido su salvación al alejamiento de Custine y á la moderación política de Dumouriez. Este quería separar á Prusia de la liga contra la Francia. Creía que era bastante hermoso el haber detenido semejante ejército, el primero de Europa, con un ejército bisoño, compuesto en parte de guardias nacionales. Esta era también la opinión de Danton, tan prudente como audaz. El 25 de Septiembre, una carta del poder ejecutivo había autorizado al general para que tratase de la evacuación. Los prusianos se retiraron tranquilamente. Los tiros que se dispararon fueron tan solo sobre los emigrados.

Nuestros enemigos no obraban de ningún modo acordes. En el momento en que salen los prusianos entre los imperiales, su general, el duque Alberto de Sajonia, inducido sin duda por falsos informes, fué con veintidós mil hombres á acampar delante de Lille. Un ejército tan débil no servía para reducir semejante plaza; bastaba para incendiarla. Doce morteros, veinticuatro piezas de grueso calibre, dispararon durante ocho días bombas explosivas, con preferencia sobre los barrios poblados y pobres, sobre las casas pequeñas, en las que las familias se refugiaban en las cuevas. Los bárbaros no perdonaron ni las iglesias, ni aun el hospital militar, haciendo pedazos las bombas á los heridos en sus mismos lechos. Todo esto solo sirvió para mostrar la Francia á Europa bajo un nuevo punto de vista. Con frecuencia se hablaba de la *furia francesa*, de aquel arranque que cede al menor obstáculo, retrocede, etc. Fué preciso cambiar de opinión. La Francia apareció allí, como en Valmy indomable. Y aquí no eran los hombres, como en Valmy; eran las mujeres y los niños. No había ultraje ó burla que no se hiciera á las bombas: recogidas en cacerolas, eran apagadas sin trabajo y después jugaban con ellas á la pelota. Una de las bombas austriacas fué cogida por unos muchachos y adornada con el gorro colorado. Un peluquero se estableció en una plaza sobre la que caía una granizada de balas; utilizó como vacía un casco de bomba, y todo el mundo se hacía afeitar en ella.

La infamia del bombardeo sin objeto duró ocho días, al cabo de los cuales se fué el alemán bastante aprisa, abandonando una buena parte de su material. Una mujer, la archiduquesa Cristina, hermana de la reina de Francia, había ido á ver desde las baterías aquella guerra á